

—Sí, léeme. Hola, papá. Fifi iba a leerme unos versos. ¿No te importa, verdad?

—¿Cómo te sientes hoy, hijo?

—Mejor.

—Llevo un rato aquí al lado, en el despacho, y he escuchado que no haces más que hablar —Prynce se dirige a Cris—: Me parece muy bien la idea de la lectura.

Cris ha abierto su libro. Es una antología de viejos romances españoles. Y comienza a leer con su voz bien timbrada y armoniosa.

Joe la mira con los ojos cerrados. No escucha la letra de los versos. Le cansa prestar atención. Pero, en cambio, la suave música de la voz le arrulla blandamente.

—Es bonita, ¿verdad, papá? —murmura con inefable expresión. Y sus ojos se cierran.

Prynce-Valmore siente como un dolor en el alma.

Pobre hijo. ¿A qué sufrimientos les conduciría a los dos esta extraña aventura?

XVII

Cris y Joe desayunan en la terraza. Dos meses lleva ya Cris en su empleo de nuera de Prynce-Valmore. Dos largos meses. De paciencia. De sonrisas. De voz que anima, que distrae, que suaviza. La extrema debilidad de Joe

y su enfermedad nerviosa se manifiestan a cada instante por una irritabilidad a flor de piel. Por una susceptibilidad que se ofusca al menor roce. Más que las crisis que sumen a Joe en la inconsciencia, son temibles sus ataques de "lucidez", que Cris llama sus ataques de injusticia, y en los que el enfermo la atormenta con reproches y celos retrospectivos.

Joe no es fácil de cuidar. Al contrario. Ida sale a menudo de su cuarto con los ojos llenos de lágrimas, y en su fuero interno se admira de la maravillosa paciencia, del dominio que sobre sus nervios posee esa muchacha española.

—Hay días en que le estrellaría uno algo en la cabeza —dice la enfermera a Rouvier—. Y si no fuera por lo bien que paga su padre...

Generalmente, después de esas crisis de irritabilidad cae el enfermo en un estado de postración extrema. Cuan-

do vuelve en sí, sus ojos expresan un arrepentimiento tímido, un deseo de "hacer las paces". Se siente invadido por una oleada de ternura que a veces cree hasta convertirse en un amor delirante, más temible que nada.

Pero Cris ya le ha "cogido el hilo", y con su actuación, alternativamente energética y tierna, pero siempre equilibrada y paciente, sortea del mejor modo posible los escollos de ese mar revuelto que es el espíritu de Joe.

El muchacho se levanta desde hace una semana.

—La cama le debilita inútilmente —ha dicho Rouvier—, y ahora que ya no se empeña en permanecer en ella, debemos aprovechar y obligarle a levantarse.

Cris entra todas las mañanas muy temprano en el cuarto de "su marido". Ella es la que elige la camisa, la corbata y el traje que Joe ha de ponerse. Entre Ida y Fletcher le arreglan, y una vez bañado, afeitado y vestido, es la propia Cris quien empuja su butaca de ruedas a la terraza, donde ambos desayunan.

Cris manipula con el servicio de porcelana costosa. Sus manos diestras vierten crema en el café de Joe. Le preparan las tostadas, untan mantequilla y miel en los bollos calientes, colocan la servilleta sobre las rodillas del enfermo, envuelven sus piernas en la manta, mientras la blanca sonrisa le anima a comer.

—Hay que nutrirse, *darling*...

Joe, por la mañana, está generalmente de buen humor. Gusta de desayunar en la terraza bañada de sol, respirando el ambiente, todo perfume, que emana el jardín primavera. A estas horas, no irritados aún sus nervios por ningún contratiempo, es cuando su espíritu responde mejor a la potente vitalidad que irradia el de Cris. Al verla frente a él en estas mañanas doradas y azules, joven y radiante, el rostro sereno y los gestos sobrios, sin que Joe se dé

cuenta de ello, algo de esa seguridad, de esa paz mental, se infiltra en él.

El muchacho se recuesta en su butaca y entrecierra los ojos.

—Léeme los periódicos.

Y Cris lee.

Al enfermo no le interesa lo que pasa en el mundo. Su pobre cerebro no se encuentra en disposición de abarcar situaciones políticas o problemas sociales, pero gusta de sentirse mecido por la maravillosa voz de "su mujer".

Y su imaginación vuela.

¿Por qué no se ha de curar? ¿Sentirse bien del todo? ¿Ser un hombre fuerte? ¡Y poder coger entre brazos fuertes a esa deslumbrante criatura que es su mujer!... Fifi ha cambiado... Casi no recuerda a la locuela de antaño... Parece otra mujer... más mujer... ¡Qué paciencia tiene con él! Debe quererle mucho. Porque él reconoce que la pone a veces en duros trances...

Los ojos de Joe siguen en el jardín el ir y venir del jardín, un mocetón cetrino y musculoso, que, la camisa abierta y las mangas remangadas, riega los macizos de violetas.

"¡Qué suerte tiene! —se dice Joe—. Yo daría la Banca Lorgan por sus bíceps; la U.S.C.A., por su pecho abombado, y la quinta de Palm-Beach, por su anchura de hombros... Lo daría todo..., todo... Y sería feliz viviendo en aquel pabellón florido con Fifi... ¿Para qué me sirve ser hijo del "Dollar Prynce", si me encuentro al margen de la vida? No quiero automóviles, sino poder andar con mis propias piernas... No quiero que me sirvan, ¡sino servir yo para algo! Soy un fantoche inútil y ridículo, ante cuyos caprichos se inclinan los hombres porque su padre lo viste de oro."

Joe, en este instante, odia al mundo entero. Odia a Fifi.

¿Estaría ella allí, leyéndole sumisa, si él no fuese un Prynce-Valmore, que puede darle lujos y riquezas a cambio de su juventud y de su alegría? ¡El mundo era un asco! ¡Cualquier día lo aguantaría *Schwester* Ida como lo aguantaba si él fuese un enfermo de hospital! ¡Lo plantaría en mitad de la calle!

Estas amargas reflexiones no las hace Joe generalmente para sus adentros.

Al contrario, siente un perverso placer en lanzarlas como latigazos al rostro de su mujer y de su padre.

Prynce-Valmore acude a ver a su hijo varias veces al día y es testigo de las escenas más diversas. Al principio, y durante el *estreno* de estas escenas, el millonario quiso atajarlas, cortarlas con su actitud reprobadora y enérgica. Pero únicamente logró exasperar aún más a Joe, que, según *Schwester* Ida, en aquellas ocasiones “se superaba a sí mismo”.

Fue Cris la que, de buenas a primeras, empujó un día al padre hacia la puerta.

—Mi querido suegro, los hombres no entienden ustedes nada de esto. Haga el favor de dejarme sola con Joe, y ¡ya verá!

En efecto, Prynce-Valmore “estaba viendo”. A todas horas y en todo momento. Y lo que veía le llenaba de asombro. Y de admiración también. Porque Prynce-Valmore era justo. Ciertamente parecido con Fifi no le predisponían en su favor. Pero le había bastado verla unas cuantas veces a la cabecera de su hijo para comprender, con Rouvier, que esta muchacha no era “una chica cualquiera”. ¿Su procedencia? ¿Su pasado? Prynce-Valmore se enorgañaba de hombres. Esta chica, humanamente, era una maravilla. De ternura, de paciencia, de energía. Prynce-Valmore no tenía una gran experiencia de mujeres, en el

concepto corriente de la palabra; pero tenía una gran experiencia de seres humanos. ¡No en balde dependían de él millares y millares de familias!

Gary Prynce, moderno magnate de industrias americanas, era allí, muy en el fondo de su alma, un romántico. Por sus venas corría sangre de Irlanda, noble y generosa, cuyos impulsos el hombre de negocios se esforzaba en reprimir. Lo que en él era sencillamente bondad, el potentado americano lo llamaba “justicia”.

Prynce-Valmore no era un patrón bloqueado en su despacho por cercas infranqueables de secretarios, jefes y subjefes, sino, al contrario, un general en mando que personalmente se preocupaba por el bienestar hasta de su último soldado. Había montado en sus oficinas lo que él llamaba “su servicio secreto”: un cuerpo de personas de toda su confianza, obreros y empleados, que le ponían al tanto de las quejas y necesidades de sus compañeros. Cuántas veces no se habría asombrado un modesto empleado o un pobre obrero de un inesperado aumento de jornal. De una inexplicable oportunidad que el destino le brindaba. Y cuántas veces no habría maldecido un jefecillo o un contraatastre de la “mala suerte” que descubriera tal o cual injusticia o tal o cual chanchullo.

Prynce-Valmore tenía obsesión de la justicia, y “ser justo, pase lo que pase”, era, en toda ocasión, su norma de conducta.

Era su justicia un poco fría, enemiga de la cordialidad, pudorosa del agradecimiento.

—Lo pago así porque así debe ser —cortaba con su gesto seco cualquier demostración de gratitud.

La gente que rodeaba a Prynce-Valmore sentía por él un culto. “Un culto oculto”, decía Luis Alfaro. Su rostro severo, su boca de rictus duro y su vida austera le habían dado fama de puritano. De hombre de inquebrantables principios, unidos a una voluntad de hierro.

Lo que se escondía tras esa fachada imponente, eso... no lo sabía, en realidad, nadie más que Joe. Joe, el recóndito dolor de su padre. Joe, junto a cuya cama Gary Prynce, el apuesto magnate a quien la vida brindaba todos sus placeres, había desgranado las horas, los días, los años de su juventud. Joe, que, en cambio, con su egoísmo de niño mimado, con sus exigencias de enfermo, no se daba cuenta, no sabía apreciar toda la abnegación y toda la ternura que había tras la difícil sonrisa de su padre.

Prynce-Valmore, como él dijo a Gladys, había arrebatado a su hijo infinidad de veces a la muerte. Y cuando al fin, después de veinte años de desvelos, le vio con indecible satisfacción convertido en un hombre, fue... para sentir de nuevo cómo "se le escapaba de entre las manos". Y esta vez se lo quitaba ¡la locura!

Pero Gary Prynce no era llamado en vano "el hombre de acero". Si su voluntad, doblegada por la desgracia, decaía un instante, al siguiente se enderezaba de un impulso más altiva que nunca. Luchar no le asustaba. Llevaba veintitrés años haciéndolo, ¡y bien valía un hijo el seguir luchando! Pero lo que Prynce-Valmore había hecho hasta entonces, a pesar de su dinero, y quizá debido a la frialdad de su apariencia, era batallar solo. Completamente solo. Una legión de médicos, de enfermeras y de servidores solícitos le rodeaban; pero el cerebro, la voluntad que movía este mundo que giraba en torno a su hijo, eran suyos. Solamente suyos.

Por eso fue algo nuevo y sorprendente para él el escuchar de los labios jóvenes de Cris la orden de:

Ustedes, los hombres, no entienden nada de esto. Déme usted a mí, mi querido suegro."

En el primer momento, Gary Prynce cedió ante la inونتaria curiosidad de "a ver qué es lo que hace". Después

su curiosidad se transformó en aprobación, y a los pocos días en una verdadera admiración.

—Esta chica Guzmán cuida a nuestro enfermo con la inteligente solicitud, con la tierna intuición que únicamente suelen poseer las madres —le había dicho Rouvier. Y el padre de Joe había asentido en silencio. Y a veces, al ver a Cris junto al enfermo, alegre, paciente, cariñosa, un remordimiento se infiltraba en él. ¿No habría debido casarse? ¿No hubiera sido mejor darle una madre a su hijo? ¿Darle quizá unos hermanos, cuyas risas le hubiesen empujado hacia el ansia de vivir y la salud?

Prynce-Valmore, hundido en una butaca del cuarto del enfermo o recostado en un sillón de mimbre de la terraza, observaba a Cris. Observaba a su hijo. Y, pensativo, regresaba después a su despacho.

Si esta muchacha desconocida, contratada por unos cuantos dólares, demostraba a Joe tal afectuosa solicitud, ¿de qué no habría sido capaz la mujer que él le hubiera dado por madre? Pero al instante dos evocaciones, Gladys y Fifi, le hacían encogerse de hombros.

Esa chica Guzmán ya no bajaba a comer al comedor. Desayunaba y almorzaba con Joe, y cenaba sola en sus habitaciones.

—Estoy demasiado cansada a esas horas para vestirme de noche, y prefiero cenar arriba, si usted me lo permite, mister Prynce —le había dicho ya al día siguiente de su llegada. Y a él le pareció acertada tal determinación. Era lógico que la muchacha estuviera rendida después de su difícil jornada. Prynce-Valmore, mejor que nadie, sabía lo que significaba pasar horas y horas junto a Joe. Aguantar sus saltos de humor y sus caprichos. El esfuerzo nervioso que exigía el tenerle que calmar o que animar indistintamente. El desgaste de energía, de santa paciencia.

Gladys sigue haciendo a "la maestrita" una guerra sor-

da. Prynce-Valmore se encoge de hombros. ¡Qué entiendo de Gladys que no sea de modas, perfumes o regímenes para adelgazar!

—Esa mujer es una aventurera que prepara con habilidad un chantaje; y si no, ¡al tiempo!

Prynce-Valmore, a veces, se siente perplejo. Él tampoco cree mucho en sentimientos desinteresados. Y si esta chica, por su actuación, quiere dinero, ¡dinero tendrá! ¡Que para eso sobran millones al rey del acero! ¿No paga a *Schwester* Ida? Pagará a Cristina Guzmán. A precio de oro, si lo exige. Pero que siga vertiendo sobre el alma ulcerada de su chiquillo el bálsamo de su dulzura, de su sedante comprensión.

Gary Prynce no sería americano si no supiera que toda cosa en este mundo tiene su precio. Pero tampoco sería hombre si, al pensarlo, no se le encogiera un poco el corazón.

Sin darse cuenta, también él sufre el ascendiente de Cris. Y algo desconocido se agita en su interior cuando ella le recibe con su blanca sonrisa.

También el padre, como el hijo, gusta de escuchar leer a Cristina. Y también entrecierra los ojos y también se siente envuelto por un ambiente que desconoce: el ambiente familiar.

Prynce-Valmore perdió a sus padres siendo muy niño. A su mujer, al año de casado. Es un solitario que ignora el calor del hogar. Con gesto indiferente ha apartado a las mujeres de su vida. Y el hombre de negocios de mirada fría y gesto seco, como cualquier romántico caballero medieval, había guardado celoso su fidelidad a una muerta. Lily. Blanca y sencilla como la flor cuyo hombre llevaba.

Prynce-Valmore siente de repente una añoranza. Se ha levantado y contempla el retrato pintado por mano maestra, que ocupa en su despacho el sitio de honor. Y le hace

el efecto de que aquellos ojos le miran con profunda compasión.

“Lilian, Lily, ¿por qué te fuiste? —dice Gary Prynce frente a la delicada figura femenina, envuelta en gasas—. ¡Me hacías tan feliz! ¡Y tu hijo te necesitaba tanto!”

El timbre del teléfono saca al “rey del acero” de su ensimismamiento.

—¿Míster Prynce? —pregunta una voz clara.

—Yes, Fifi.

—Joe le reclama. Le vamos a bajar por primera vez al jardín, y se empeña en que usted nos acompañe.

—¿Cómo está hoy?

—De bastante buen humor. Y muy ilusionado con pasearse en su butaca entre las violetas y los tulipanes. Me ha anunciado que cuando le dejen levantarse, va a ser él quien los riegue.

—¿Y eso?

—Dice que Pierre, el jardinero, tiene tan saludable aspecto gracias a ese deporte, y que él quiere practicarlo para ver si le da idénticos resultados.

—Entonces —la voz de Prynce-Valmore es casi jovial—, ¿está hoy de buenas, por lo visto?

—Sí, aproveche. Venga pronto. Hasta ahora, míster Prynce.

—Hasta ahora, Fifi.

Prynce-Valmore siente una sorda alegría.

“Joe está mejor”, se explica a sí mismo.

XVIII

¡Bonitas!

Todo está muy bien —ha dicho Rouvier—, pero yo no puedo autorizar que madame Valmore permanezca todo el día al lado de nuestro enfermo, sin descansar ni un minuto. Tiene que salir, tomar el aire y hacer, por lo menos, dos horas diarias de ejercicio —y dirigiéndose a Joe—: Supongo que no querrá usted perjudicar a la salud de su mujer.

El muchacho, que está en uno de sus ratos normales, se alarma.

—No, ¡por Dios! Que salga. Que salga. ¿Oyes, Fiff? Vete a poner un sombrero. No te me vayas a enfermar.

Pero después, con una pobre sonrisa:

—Eso sí: no tardes, ¿eh?

Cris sale, pues, todos los días a dar un paseo a pie. Sus pasos la conducen por sí solos a la central de teléfonos, donde ya la conocen.

—Es la señora que conferencia con Madrid...

Cris, los ojos húmedos, escucha una vocecita resuelta:

—Pero, mamá, ¿cuándo vuelves? ¿Qué me vas a traer?

—Muchas cosas, Bubito.

—¿Bonitas?



—Muy bonitas. ¿Eres bueno? ¿Comes mucho?
—Sí, Cris. ¿Me vas a traer un caballo vivo?
—Desde luego, porque me ha dicho Albina que eres muy obediente.
—Ya sé rezar el Padrenuestro. Y no rezo el “Jesucito” porque es de niños pequeños...
—Pues a mí me gustaba mucho.
—Oye, mamá: y ese niño al que cuidas, ¿todavía no se ha morido?
—No, hijito, ¡por Dios! Reza tú para que se ponga pronto bueno y pueda volver tu mamá contigo.
—Van tres minutos.
—Muy bien, señorita. ¡Bubi! ¡Bubito! ¡Mándame un beso! ¡Anda, mi vida!
Un chasquido suave, ¡los labios de su pequeño! Cris se seca los ojos con el revés de la mano.
Cris, en la calle, no marcha ya con su paso de vencido-ra. Es dura la vida. Ahí está ella, cuidando a un hijo ajeno, cuando el suyo necesita de toda su vigilante ternura. Pero inmediatamente reacciona. ¡Frente alta, Cristina Guzmán!
Entra en una elegante camisería de hombres.
—¿Me quieren enseñar una bata y unas zapatillas de pana azul marino que he visto en el escaparate?
Cris, su gran paquete bajo el brazo, acelera la marcha. Tiene hambre de cariño.
—Joe, te traigo un regalo.
Casi todos los días trae Cris un regalo a “su marido”. Ayer fue un puñado de flores primaverales. Hoy es un libro entretenido. Mañana será un pañuelo.
Joe abre el paquete con curiosidad febril. Cris le observa, un poco de nostalgia en la mirada.
—¡Qué preciosidad! Mira, papá, lo que me ha regalado Fifi. ¿Verdad que tiene un gusto admirable?



Prynce-Valmore aprueba, sonriente. Gladys, sentada junto a él, lanza su dardo:

—Se ve que tiene costumbre de elegir prendas para hombre.

—Sí —sonríe Joe—. Ayer me ha encargado camisas y me ha elegido dos trajes. Porque, ¿sabes, Gladys?, muy pronto voy a empezar a salir, y quiero estar muy elegante... y muy guapo...

—Y lo estarás, muchacho —Bob le da una palmada en el hombro—. Ya verás qué vida nos vamos a pegar cuando estés bien.

Ida ha entrado a su vez.

—Hay aquí demasiada gente —indica a Prynce-Valmore.

re. —Yo voy a cambiarme de ropa —anuncia Cris.

—No, ¡tú quédate! —la voz del enfermo es suplicante.

—Los que nos vamos somos nosotros —Bob se levanta—. Pero oye, Joe, quiero que me autorices para divertirme un poco a tu mujer, a sacarla por ahí. Te advierto que está pálida y más delgada.

—¿Tú crees? —Joe se alarma de nuevo—. Fifi, quiero que salgas alguna vez con mi primo. ¡Pobrecita! Soy un egoísta. Aquí te tengo a mi lado y no se me ocurre que te vendría bien ir al cine o al teatro. Papá, ¿por qué no la sacas tú algún día?

—Encantado.

—Podría acompañarnos esta noche a la Ópera —sugiere Bob, que decididamente se ha propuesto intimar con su prima “postiza”.

—Si ella quiere... —Prynce-Valmore se vuelve hacia Cris. Gladys aprieta los labios. Y Cris, alegremente:

—Pues voy con ustedes... Mañana, Joe, te contaré mis impresiones. Y ahora les echo a todos. Mi niño necesita calma... Tápate bien. Voy a abrir un poco el balcón para

que se ventile esto... y desde el despacho te voy a tocar el piano, para ver si te duermes.

—No, quédate aquí. He estado tan solo sin ti.

—¡Solo! ¡Y tenías visitas!

—Me aburren las visitas. Bueno, a mi padre claro que no le cuento entre ellas. Pero la gente extraña me parecen vampiros que me sorben el cerebro. No creerás que yo a ratos pensaba: ¿Quién será esa rubia gorda que se derrite junto a papá?

—¡Rubia gorda! Si te oyese...

—Fifi, todavía no estoy bien. Antes no reconocí a Ida cuando entró... Sólo después me di cuenta...

—Calla... Calla...

—Dame un beso, Fifi, y tápame. Me parece que me voy a dormir.

La madre se inclina sobre la cama. Arregla las almohadas. Estira el embozo, y sus labios jóvenes se posan en el pelo rubio.

—Duerme, mi vida.



XIX

Georgette, esta noche me pongo el traje blanco. Quié-
ro resultar bien.

—¿Bien? ¡Oh madame, resultará maravillosa!

En efecto, maravillosa está Cris con su traje de crespón blanco, de un corte tan sabiamente sencillo, que sólo puede haberlo firmado un gran nombre de alta costura.

—Madame parece una estatua —asegura Georgette.

Y las paredes de espejo, al reflejar a Cris su imagen de cien maneras, no desmienten la exclamación de la francesa. Cris parece una joven diosa, de línea adolescente y pura, que viste el *peplum* de las damas romanas. Desde sus sandalias de crespón blanco hasta su peinado clásico, todo en ella es armonía, distinción. Sobre sus hombros echa Georgette una capa de armiño, valioso hallazgo descubierto en uno de los baúles de Fifi.

Cris baja al *hall*. Prynce-Valmore, de frac, aguarda ya.

—Buenas noches —sonríe—. ¡Con que vamos de jerga?

Con ojos admirativos contempla la blanca figura que ante la chimenea enfila sus largos guantes de piel.

“Qué bonita es. ¿Verdad papá?”

Sí, es bonita. Y fina. Y elegante. Tiene razón Gladys: demasiado bonita, y fina, y elegante, para ser simplemente una profesora de idiomas. ¡Gladys! ¡Buena se ha puesto con su hermano por su ridícula invitación a la seudo Fifi!

—¿De modo que, no contentos con obligarme a tratarla como si fuese de la familia, queréis, además, que me exhiba con esa mujer delante de todo París?

—No queremos nada —había contestado Bob tranquilamente—. Comprenderás que Gary y yo no nos comprometemos por lucirnos ante quien sea con una mujer guapa. ¡Al contrario! ¿Verdad, *old boy*?⁵⁰ ¡Menudo posín nos vamos a dar los dos en tan lucida compañía!

—Siempre serás el mismo.

—La que en realidad no debe ir eres tú. Resulta impreciente que una dama de tu categoría se presente en el mismo palco con una chica que, en el mejor de los casos, es una pobre maestra.

—¡Ah!, ¿sí? ¿De modo que pretendéis dejarme en casa? Estáis frescos. Yo aburiéndome y vosotros dos tan encantados por ahí con vuestra individuo.

—Te ruego que te abstengas de poner motes ofensivos a miss Guzmán —el tono de Prynce-Valmore era seco.

—Los hombres sois todos iguales —había proseguido, furiosa, Gladys Prynce—. Unos amorales, unos...

—También te suplico que no nos llames cosas raras a nosotros —le recomendó su hermano—. Y mira, hermosa: lo mejor será que te quedes de una vez en casa y no nos fastidies más.

Pero “eso es lo que vosotros quisiérais”, se había dicho Gladys. Ya lo creo que voy también... Tanto más cuanto que aquí, en París, no me conoce nadie, y a esta chica, recién llegada de Madrid, tampoco.

50. *Old boy* (inglés): viejo chico, apelativo cariñoso.

—No sé lo que hacen éstos que tardan tanto —dice Prynce-Valmore a “su nuera” para romper el silencio.

Cris ha terminado de ponerse los guantes y, envuelta en su capa de armiño, aguarda. Prynce, un poco nervioso, empieza a pasearse de arriba abajo.

—¿Encuentra usted que Joe mejora? —pregunta de pronto.

—Yo creo que sí —dice Cris—. Aunque va muy lentamente, no cabe duda de que sus crisis se espacian cada vez más.

—Es cierto. Pero resulta desesperante el verle tan débil. Tan sin fuerzas. Verdaderamente, ¡para qué poco sirve el dinero!

—Eso dice usted porque no le falta. Porque no lo ha echado nunca de menos. Piense en la tragedia, que es la de muchos padres, de tener un hijo enfermo y no poder darle lo que necesita... y verle morir, diciéndose con desesperación: “Si yo hubiese tenido medios, lo habría salvado...”

—Es verdad —reconoce Prynce-Valmore. Se ha detenido ante Cris—. Pero habla usted de la necesidad como si la hubiese visto de cerca.

—Y la he visto, mister Prynce. He visto morir a alguien a quien quería mucho sin tener lo suficiente para endulzarle los últimos días.

—Es triste —Prynce-Valmore estudia el rostro fino y pálido, en el que ya no sonríen los labios pintados—. En esta vida, por lo visto, resulta difícil reunirlo todo. Ya ve usted el caso de mi chico: le sobra dinero, pero le falta lo otro.

—No, no le falta. Le tiene a usted.

—No es lo mismo. Un enfermo, sea niño, sea hombre, necesita junto a él una mujer que le quiera. Un padre, por muy buena voluntad que ponga en ello, no puede sustituir a una madre.

Cris calla. Su silencio, que él adivina lleno de simpatía, le impulsa a seguir hablando.

¡Necesita una mujer!

—Ya ve cómo se equivoca uno a veces, y, a fuerza de querer hacerlo bien, lo hace mal. Siempre he creído que faltaría a un deber sagrado si daba una nueva madre a Joe, una nueva familia. Y de un tiempo acá me agobia el remordimiento de no haberlo hecho. Quizá hubiera sido mejor para él criarse rodeado de otros chiquillos, siendo en casa un chiquillo más, tratado un poco a la baqueta por unas manos cariñosas. ¡Ya ve usted adónde le han conducido mis extremados cuidados y mis exagerados mimos!

—No se atormente, míster Prynce —dice Cris con voz cálida—. Joe no es un chico corriente. Y no ha podido ser tratado nunca como un chico corriente. Usted hizo lo mejor que supo, lo mejor que pudo...

—¿Cree usted? No debí dejarle marchar nunca solo a aquel funesto viaje a Europa.

—¿Usted supone que su presencia le hubiese impedido enamorarse? ¡Ay, míster Prynce! Como si el amor no fuese un microbio que pesca uno ¡sabe Dios dónde!, y que se manifiesta como grave enfermedad en el momento menos pensado.

Prynce-Valmore se ha acercado aún más a Cris. Uno de sus brazos se apoya en el saliente de la chimenea.

—¿De modo que, según su experiencia —pregunta, interesado—, el amor es un microbio que se pesca ¡sabe Dios dónde!, y que se manifiesta un buen día como una enfermedad incurable?

—No he dicho incurable, míster Prynce.

Algo extraño cruza por las pupilas del americano. Los ojos claros, ¡tan parecidos a los de Joel!, miran a Cris fijamente.

—Quisiera hacerle una pregunta, miss Guzmán...

—Gary, perdona que te haya hecho esperar.

La voz penetrante de Gladys suena desde el *hall* de arriba. Prynce-Valmore se ha separado instintivamente de

¿Qué en es?

Cris. Pero la muchacha está turbada. Un poco inquieta. ¿Qué le iría a preguntar "su suegro"?

Miss Prynce baja a su vez la escalera de mármol. Con gesto un tanto teatral. Viene vestida de azul, y unos valiosos zafiros se mecen en sus orejas. Cris no puede por menos de reconocer que es una espléndida mujer. La norteamericana, en cambio, finge no verla.

—La verdad es que el frac te sienta bien, Gary. *You are really very good looking*...⁵¹

Prynce-Valmore se encoge de hombros.

—¿No has visto a miss Guzmán?

—¡Ah!, buenas noches —una leve inclinación de cabeza. Y después, cambiando de tono—: ¿Qué hará el pelmazo de Bob? Siempre llega retrasado.

—*Me voilà, mon amour, me voilà*...⁵² —canturrea en pésimo francés el aludido, bajando como un torbellino las escaleras—. ¡Oh Fifi, cómo está usted de guapa! Gary, todo París nos va a envidiar esta noche.

Bob, aparte de su admiración por Cris, tiene ganas de hacer rabiar a su hermana. Gladys le lanza una mirada furibunda.

—¿Cuántos *whiskies* has bebido hoy?

—El coche espera, sir —Fletcher presenta a Prynce-Valmore su abrigo, la bufanda de seda blanca y el *clac*.

El Rolls aguarda a la puerta. Gladys sube la primera. Se sienta a la derecha.

—Cabes entre nosotras, Gary —insinúa—. Bob, tú siéntate allí enfrente.

Prynce-Valmore se acomoda entre las dos muchachas. Y Cris, sin saber por qué, quisiera no tenerle tan cerca.

51. *You are really very good looking* (inglés): Estás realmente muy guapo.

52. *Me voilà, mon amour, me voilà*: Héme aquí, mi amor, héme aquí...



XX

Cuando Cris se asoma al proscenio que Prynce-Valmo re tiene habitualmente reservado en la Ópera, se queda deslumbrada. Ante ella se agita una oleada de luces, pecheras, escotes y joyas. Es noche de gala. Genoveva Allan canta *Manón*,⁵³ y hasta el último lugar del enorme edificio está invadido por una muchedumbre selecta. La flor y nata del cosmopolitismo.

—Si alguien nos explicase quién es toda esta gente — murmura Gladys, a quien no interesa *Manón*, ni la Allan, ni Massenet, ni el propio Apolo y sus nueve musas —. Resulta aburrido estar aquí sentada horas y horas sin conocer a nadie.

—Entretente en contar las calvas —le aconseja su hermano.

Cristina, en cambio, aguarda con el corazón agitado a que empiece el preludio. ¡Qué suerte poder escuchar buena música! Poder oír no en disco de gramófono, sino en realidad, la voz sin par de Genoveva Allan. La verdad es que es delicioso esto de jugar a ser millonaria. Cris se

53. *Manon*: obra maestra del compositor francés Massenet.

siente tan feliz, que irradia sobre todo el patio de butacas su luminosa sonrisa. Y cuando la orquesta ataca al fin los primeros acordes de la obertura, algo muy tenue y muy dulce la invade toda. Cris es joven. Cris tiene veintiocho años y París se extiende a sus pies.

Cristina Guzmán, blanca y radiante, semeja una perla valiosa en su estuche de terciopelo rojo. Desde el patio de butacas mil brillantes le guían sus facetas. Si quisieras... Cien gemelos la enfocan. ¿Quién es esa preciosa muchacha que está en el palco del "rey del acero"?

Cris, ajena a todo, sonríe con su sonrisa clara. Su espíritu, desligándose de cuanto la rodea, se ha elevado en alas de armonía hacia un mundo mejor, poblado de caritas lozanas y de ojazos grises.

Y Prynce-Valmore, al abrigo de la semioscuridad, la observa atento. La boca fresca entreabierta... Las sombras de las largas pestañas en las mejillas... Y las manos de niña buena, esas manos que él sabe decididas, útiles y diestras, inmóviles en la balaustrada del palco.

¿Quién ha dicho que la música embriaga mejor que el champaña? Gary Prynce siente galopar por sus venas su sangre irlandesa. Y aprieta sus labios, firmes y estrechos. Sus facciones se acusan; más que nunca parece un ave de rapía.

El halcón y la paloma; la muchacha, toda de blanco, abstraída, inocente, luz en el rostro claro, y el hombre, en una sombra, que acecha su presa.

Pero no. Unos gorgoritos ligeros brotan de la garganta le *Manón* y el encanto se ha roto. Ha cedido la tensión. Gary Prynce respira profundamente. "Esa chica Guzmán, ¡quien mi hijo cree su mujer, debe ser sagrada para todos os de mi casa", ha dicho él en cierta ocasión. Naturalmente. Y él ha sido siempre el primero en observar sus propias leyes. Bruscamente ha recuperado el pleno domi-

nio de su voluntad. Y la sangre irlandesa fluye de nuevo por su cauce normal.

El telón ha caído. Atruenan los aplausos. Genoveva Allan se inclina y reclina entre cestos de flores.

—Yo la encuentro más gorda que el año pasado —observa Gladys.

—¿Le ha gustado, miss Guzmán? —pregunta Prynce-Valmore.

Cris sonríe.

—Mucho.

—Oye, Gladys: ¿a qué no sabes a quién veo allí? A Bert Silvain, que sale hacia el *foyer*.⁵⁴ Voy a buscarle.

—Déjale en paz. Ya somos bastantes —dice su primo malhumorado.

—¡Quita, hombre! ¡Con lo animado que es! Y conoce a todo el mundo. Es un tipo indispensable en una pandilla que quiere divertirse.

Y Bob se precipita en busca de su amigo. A los pocos momentos reaparece triunfante.

—¡Aquí está!

Bert Silvain, a quien Gladys recibe toda mieles, es un muchacho norteamericano que reside en París.

—Hola, Gladys. Hola, Gary —un instante mira con profundo asombro a Cristina—. ¡Hola, Fifi! ¡No te sabía en Villa Luz!

Prynce-Valmore duda si desenredar el entuerto. Pero conoce demasiado a su compatriota y teme ser con su nueva "postiza", a las veinticuatro horas, la comidilla de la colonia norteamericana de París. Deja, pues, que ruede la bola. Probablemente, Bert no volverá a tener ocasión de verles.

—¿Qué vais a hacer después de la Ópera?

54. *Foyer*: Sala de descanso en los teatros.

—Ir a bailar a algún lado —sugiere Gladys.

—Sí, “*Chez White’s*” —completa Bob.

—Bien. Yo convido. Y, en cambio, tú, Gary, invítame a permanecer en tu palco. Tengo una butaca al lado de una señorita gorda que se ha enamorado de mí y que me da la lata.

—¿Quién es? —pregunta Gladys, interesada.

—¡Yo qué sé! Un rinoceronte cubierto de joyas. La hija de algún ricacho. Pero yo no estoy en venta. Me conformo con mis cuatro cuartos.

Todos ríen. Bert Silvain ha heredado recientemente otra nueva serie de millones.

La sala se ha vuelto a llenar. El telón vuelve a alzarse. Pero Cris ya no logra abstraerse. Siente fijas en ella, con una expresión demasiado admirativa, las miradas del recién llegado, y le molesta el que éste la tome por Fifi. ¿Por qué no le habrá dicho Prynce-Valmore quién es ella en realidad?

Gary Prynce, en cambio, está satisfecho con el giro que han tomado las cosas. Le hace el efecto de que con su sonoro apellido protege a la seudomujer de su hijo de mil peligros. La envuelve en un manto de respetabilidad. Y, sin que él se dé cuenta de ello, también le halaga el que la gente, al preguntar: “¿Quién es esa mujer tan bonita?” reciba la contestación de “Es mistress Prynce-Valmore, la nuera del rey del acero.”

Su nuera: muy bien; algo sagrado para él, pero algo ambien que él puede querer, estimar y mimar a la faz del mundo. Gary Prynce siente que esta chica no sea realmente su hija. Podrían ser tan felices los tres. Ella daría a o e salud y dicha, y él, Gary, le daría, en cambio, todo lo ue puede satisfacer a una mujer.

Bert Silvain no aparta los ojos de la que él también cree iff Monterreal, condesa de Villena. Fifi fue de soltera

una de sus amigas predilectas, y está encantado de volverla a encontrar más guapa, más interesante que antes.

Bert se promete una noche entretenida. ¡Lástima que al puritano de Gary se le haya ocurrido venir también!

En “*Chez White’s*” Silvain tiene siempre su mesa fija, y el *maitre* le recibe con su reverencia número uno. La misma que usa para el maharajá de Kapurthala y para el príncipe de Gales. El norteamericano es su mejor consumidor de Pomery 1914.

—¿Bailamos? —pregunta a Cris apenas han tomado asiento.

—Bailamos —confirma la muchacha.

Hace siglos que no baila. Pero ¡con dejarse llevar! Bert es un bailarín de primera. Lleva quince años practicando todas las noches.

—Fifi querida, ¡qué sorpresa! Me alegro que, como el hijo pródigo, hayas regresado al hogar. ¿Sigue tan insoportable tu suegro de acero?

—¡En buena me ha metido mi suegro de acero! —piensa Cris—. Si esta noche les da por ir surgiendo a las amistades de mi antecesora, me he lucido.”

—Deja a mi suegro en paz —se limita a contestar. Bert la aparta un poco para mirarle la cara.

—¿Qué dices? ¿Quién te me ha cambiado?

En una de las mesas de “*Chez White’s*” Jorge Atalanta bebe también Pomery 1914 en compañía de Gorito Gutiérrez.

—Chico, ahí tienes a Prynce-Valmore, el “rey del acero”; según el *Fígaro*, la sexta gran fortuna del Universo —indica el sudamericano a su amigo español. —¿Dónde?

Jorge Atalanta ha saltado de su asiento. Gorito se asombra de su súbito interés por el millonario yanqui.

—Mira: en aquella mesa, debajo de la columna.

Jorge se siente defraudado. No está su damita gris. Naturalmente. Eso de llevar a sus mecanógrafas al *dancing* sólo lo hacen los millonarios de película. Pero de repente agarra a su *cicerone* cosmopolita por un brazo.

—Dime: ¿conoces a aquella muchacha de blanco que baila allí?

—No veo. ¿Cuál dices?

—Aquella. Espera. Está de espaldas. La que baila con ese alto y rubio.

—Chico, ¡claro que a él le conozco! ¿Y cómo no? Es Bert Silvain.

—¿Quién es Bert Silvain? —pregunta, algo nervioso Atalanta.

—Uno de los hombres de más éxito de París, Londres y Nueva York.

—Ya es patente.

Jorge, que se considera uno de los hombres de más éxito de Madrid, se siente un tanto aplastado por su desconocido rival.

—Chico, ¡si ella es Fifi Monterreal!

Gorito se levanta en su silla y dirige expresivos saludos a Cristina Guzmán.

—¿Fifi Monterreal?

A Jorge el nombre le suena familiar.

—¿Soltera, casada o qué?

Gorito le mira con un poco de superioridad compasiva. ¿Cómo es posible ser tan ignorante en cuestión del mundo internacional?

—Fifi Monterreal está casada con el hijo de Pryncevalmore.

—¿Qué?...

Jorge está hecho un lío.

—Pero como si no lo estuviera —ríe el peruano—. Su marido está muy enfermo. Dicen que loco. Y ella le hace

poquísimo caso. Es la personificación de la frivolidad. De la ligereza. Del modernismo Y puedes dar el sentido que quieras a la palabra.

Jorge Atalanta, las cejas fruncidas, escucha en silencio.

¡Vaya con su damita gris! *

La pareja pasa bailando muy cerca, y Gorito les dirige los más expresivos saludos. Sobre todo a ella. Porque Bert es un tanto *snob*, y el sudamericano sabe que no le considera de su altura.

Cris mira un poco asombrada los gestos de Gutiérrez, le saluda fríamente y, en cambio, dirige una afable sonrisa al campeón de polo.

—Pero ¿la conoces? —pregunta Gorito.

Jorge asiente, pensativo. Fifi Monterreal. Ahora recuerda. ¡En nombre de Dios que no ha hecho ruido de soltera! La casualidad quiso que nunca coincidiera con ella en Biarritz o en Deauville; pero, en cambio, sí había alcanzado la estela de fama un tanto escandalosa que dejaba la condesita como rastro por donde pasaba. Había oído hablar de sus extravagancias, de sus locuras, de su completo *sansfichismo* de las conveniencias sociales. Fifi Monterreal. Su silueta iba dibujándose con vigorosos trazos en la memoria de Jorge Atalanta. Fifi Monterreal era una de esas figuras femeninas internacionales cuya efígie y cuyo nombre reproducen constantemente periódicos y revistas. *Vogue* y *Fémina* le habían consagrado planas enteras, exhibiéndola con el último gorro de Reboux, volando con Lindbergh, saludando a Gandhi, jugando al tenis con el rey de Suecia o ganando el primer premio en traje de baño en Jean-les-Pins.

—Pero ¿no ha sentido la cabeza una vez casada? —indaga Atalanta—. Porque hace tiempo que no oigo hablar de ella.

—Pues, chico, en realidad, no lo sé. ¿Cómo se fue a los Estados Unidos! Según cuentan, su última extravagancia,

llamémosla así, es haberse largado de casa de los Prynce-Valmore sin decir: "Hasta más ver", y haber estado paseándose por el mundo durante dos años.

—Hombre, eso me parece demasiado gordo para ser cierto. Comprenderás que su suegro no lo habría tolerado. Y digo su suegro porque como dices que su marido está loco...

—Cualquiera sabe... Claro que la gente exagera mucho. Y Fifi, aparte de los innumerables disparates que ha hecho siempre, es, por encima de todo, "efectista". Le gusta moverse en una atmósfera de escándalo.

Jorge observa la blanca figura sentada en la mesa de enfrente, que, serena, escucha lo que hablan Prynce-Valmore y el muchacho rubio que Gutiérrez ha declarado el colmo de la elegancia masculina.

—La Monterreal parece haber adoptado una *pose* nueva —dice Gorito, como si hubiese adivinado los pensamientos de su amigo—. Se pinta menos y se viste menos llamativamente. Pero lo que más me asombra es verla con su suegro.

—¿Por qué?

—Porque nunca los he visto juntos en ningún lado. Debe llevar ya cuatro años casada, y desde el primer día se dijo que Prynce-Valmore no *transigía* con ella. *Inter nos*, o comprendo: la criatura era encantadora como *flirt*, pero para mujer propia... ¡uf!

Jorge Atalanta recuerda su conversación con Cris en el ud-expreso. ¿No le habló de su propia estimación y de haber hacerse respetar? ¡Qué farsante! ¡Cómo se divirtió en burlarse de él!

"Me vería cara de primo —piensa, fomentando su renor hacia la damita gris—. Pero me las va a pagar!..."

—¿Conoces mucho a Prynce-Valmore? —pregunta en voz alta.



—Chico, eso de mucho... El rey del acero no es un tipo con quien se intimida. Nunca va a fiestas ni a juergas. Es un fulano absurdo, que no sabe más que hacer millones.

—Cuando gastarlos es tan agradable —completa Jorge—. Bueno, lo que yo te pregunto es si conoces lo bastante a aquella gente como para presentarme.

Gorito Gutiérrez titubea, pero como no quiere pasar ante su amigo español por poco relacionado, decide realizar un acto de valor.

—¡Cómo no, chico! Bert es muy amigo mío, Fifi y yo... —mas no tiene tiempo de terminar su "farol". Jorge le ha cogido por un brazo:

—Anda, vamos.

—¿Cómo está usted, míster Prynce?

Gorito no está muy seguro de que el millonario recuerde su mutua y efímera presentación en una Exposición de automóviles.

—Hola, Bert. Hola, Fifi; encantado de verte. ¿Me permiten ustedes que les presente a mi íntimo amigo el marqués de Atalanta, que desea conocerles?

Cortésmente se ha levantado Prynce-Valmore. De evidente mala gana, Bert Silvain. Gladys contempla al apuesto marqués español con ojos interesados. Cris, simplemente sonríe.

—¿Quieren ustedes acompañarnos a tomar una copa de champaña —dice Gary Prynce, ante la desesperación de Bert.

—Con mucho gusto...

Gorito está radiante. Ha subido un cincuenta por ciento en su propia estimación desde el momento en que se sienta codo a codo con su admirado Silvain.

—¿Qué tal desde el tren? —pregunta Cris con naturalidad a Jorge.

"Tiene aplomo", se dice el campeón de polo.

—¿Quiere usted bailar? —interroga en voz alta.
Cris asiente. Y Jorge, extrañamente emocionado, la coge por la cintura. Bailan en silencio.
—¿Con qué es usted la famosa Fifi Monterreal? —dice Atalanta al cabo de un rato—. ¡Bien se debe usted haber reído de mí, *taquimeca*!
—No me he reído nunca de usted...
El tono de ella es conciliador.
—Le advierto que no se lo perdono. ¡Me revienta el que se burlen de mí..., Fifi Monterreal!...
Hay mucho de ofensivo en la manera con que Jorge pronuncia el nombre de la famosa belleza profesional. Y Cris, que quizá estuviera a punto de aclarar con dos palabras la situación, no lo hace. Retadora, levanta la cabeza.
—Bien; ¿y qué?
—Y nada.

Siguen bailando en silencio. Cris aún estaba a tiempo de deshacer el entuerto. La oportunidad le brindaba una ocasión única, quizá, de aclarar su situación ante Jorge Atalanta... Pero la orquesta dejó de tocar y ambos, callados, regresan a la mesa, donde Gladys se apresura a acaparar a Jorge.

—¡Oh, me vuelven loca los españoles! ¡Las capas! ¡Las rejas! ¡Sevilla! ¡Las guitarras! Yo creo que en alguna otra vida fui una gitana enamorada de un *toreador*... —y tararea, con los ojos en blanco, unos compases de *Carmen*—
Cuénteme de su romántica patria, marqués...
Bert la mira exasperado.

—Querida Gladys, esa España que a ti te gusta no existe más que en los escenarios de Broadway.
—Qué absurdo. Dígame, marqués: usted será Grande de España, ¿verdad?
—Sí —tiene que confesar Atalanta.
—¿Lo ves? —triumfa Gladys—. ¡Oh marqués, debe ser

maravilloso eso de sentirse tan noble! ¿A lo mejor hasta es usted descendiente de ese viejo simpático Don Quijote?

—De ése nos sentimos descendientes casi todos los españoles —Atalanta esboza una sonrisa—. Somos tan ridículos como todo eso.

—¿Bailamos? —pregunta Bert a Cris.

—No, gracias. Estoy cansada.

—¿Cómo que debe ser tarde! —Prynce-Valmore consulta su reloj—. Las dos y media. ¿No os parece que ya es hora de marcharse?

—¡Por Dios, Gary! —protesta Gladys—. Yo a las tres es cuando empiezo a divertirme.

Prynce-Valmore sigue interrogando a Cris con la mirada. Y sus ojos, sin que él se dé cuenta de ello, expresan un ruego.

—Por mí... —contesta Cristina.

—Fifi y yo nos vamos —decide Prynce—. Bob y tú podéis hacer lo que queráis. Os devolveré el coche.

A Gladys, que, a pesar de su momentáneo entusiasmo por el descendiente del Caballero de la Mancha, no descuida sus intereses, no le hace gracia el plan.

—Bueno, hasta mañana.

Gorito besa rendido la mano de Cris. Jorge se inclina, ceremonioso.

—Buenas noches, señora —dice solemnemente.

Bert Silvain coloca con mano experta la capa de armiño sobre los hombros femeninos.

—Os acompaño hasta la salida.

Mientras Prynce-Valmore saca del guardarropa su abrigo y sombrero, Bert se acerca a Cris.

—Estoy encantado de volverte a ver después de tanto tiempo. Has cambiado mucho. Casi de no reconocerte. Pero estás más guapa que nunca.

- Eres muy amable —dice Cris con naturalidad.
 —¡Amable! Fifi, ¿ya no te parezco nada más que amable?
 Cris le mira sonriente de pies a cabeza.
 —¿Quieres que te diga, como Gladys a mi suegro, que “eres un potentado de concurso de belleza”?
 —¡Al demonio con Gladys! —Bert se encoge de hombros—. Cada día está más estúpida. Dime, Fifi: ¿y cómo sigue Joe?
 Cris no tiene tiempo de contestar. Prynce-Valmore resaca hacia ellos.
 El Rolls blanco avanza lento y majestuoso. Brilla, al reflejo de las luces del *dancing*, su *capot* de plata.
 —Adiós, Bert; hasta la vista...
 —Adiós, Fifi. Adiós Gary. Oye: ¿puedo ir a ver a Joe?
 ¿Le permiten visitas?
 —Ven cuando quieras.
 Arranca el coche y, silencioso, toma por una de las grandes avenidas.
 —¿Se ha divertido usted, miss Guzmán?
 —Lo he pasado muy bien. Sobre todo en la Ópera.
 —¿Mejor que en “Chez White’s”?
 —Sí, mucho mejor. Primero, porque me entusiasma la música, y después, porque en el *dancing* me sentía yo en una situación falsa. ¿Por qué me ha hecho usted pasar ante toda esa gente por quien no soy?
 —¿Le desagrada el que la tomen por mistress Prynce-Valmore?
 Hay un poco de ironía en la voz del americano.
 —Me disgustan las farsas —dice Cris fríamente—, y no comprendo cuál es el objeto de ésta.
 —Con dos palabras pudo usted haber aclarado la cosa.
 ¿Por qué no lo hizo?
 —Al principio, me cogió el asunto de sorpresa, y luego

- ya no quise desmentirle a usted... Hice mal, porque usted, en cambio, me ha colocado en una situación muy desagradable.
 —¿Acaso haciéndola pasar por mi hija política la perjudico? ¿Le hago perder alguna *chance* quizá? Ese marqués español, por ejemplo...
 —Ese marqués español —contesta Cris con más calor que el necesario —me ha tomado por quien no soy..., y ese amigo de ustedes, lo mismo...
 —¿Qué quiere usted decir? —pregunta con seriedad Gary Prynce.
 —Quiero decir que si usted me presenta sencillamente como una empleada suya, como una muchacha que se gana la vida honradamente, nada hay de dudoso en mí. Pero, en cambio, al hacerme pasar por Fifi Monterreal, me ha expuesto a molestos equívocos.
 —¿Alguien le ha faltado al respeto?
 Gary Prince empieza a comprender su torpeza. La verdad es que la imagen de la auténtica Fifi, al conjuero de Cris, se había desvaneciendo en su memoria. Se inclina hacia la muchacha con visible ansiedad.
 Cris le tranquiliza con un gesto.
 —No. Pero, desde luego, me es difícil desenvolverme en un ambiente que desconozco. Entre gentes que me creen otra persona... Con otras costumbres... Y que me tratan con la confianza que autoriza, quizá, una vieja amistad.
 —Se refiere usted ahora a Bert Silvain, ¿verdad? Ya hablaré yo con él cuando venga a vernos. Y en cuanto a su admirador español, puede usted contarle lo sucedido y echarme a mí todas las culpas.
 Cris se encoge de hombros.
 —No hay tal admirador. Sobre todo, en cuanto sepa quien soy en realidad. Ya ve, mister Prynce, le soy franca:

como nuera de usted, parezco a todos una especie de maravilla; pero como Cristina Guzmán, profesora de idiomas, no intereso a nadie. Hace mucho el estar presentada en bandeja de plata.

—¿Usted cree?

—Estoy segura. Con mi abrigo madrileño y mi fieltro para todas las horas y todos los tiempos y mis zapatos dudosos, yo no habría atraído nunca la atención ni del marqués de Atalanta ni de ese amigo de ustedes... No resulta halagador el pensarlo. Pero es así.

—Yo creo que está usted equivocada, miss Guzmán. Usted tiene una gran personalidad. A cuanto usted hace, lleva y dice, le imprime un sello personal. Da usted la sensación de que tiene una enorme seguridad en sí misma. Y esa sensación de que todo lo suyo está "O. K." se la contagia usted a los demás.

Cris ríe.

—Sin quererlo, apoya usted mi teoría. ¿Se acuerda usted de nuestra primera entrevista?

—Sí. ¿Por qué?

—¿No me trató usted entonces muy de arriba abajo? ¿Muy de jefezuelo a aspirante a empleada?

—¿De jefezuelo?

—Hoy día —prosigue la muchacha tranquilamente— sé que es usted un gran señor; entonces le tomé... por un nuevo rico...

—Explíquese —rueda Prynce-Valmore, interesado.

—Sí; la amabilidad hacia todos y la cordialidad extrema cuanto más humildes y modestos sean los que se dirigen a nosotros es un patrimonio de los bien nacidos. Yo me refiero ahora a la aristocracia de nombre, naturalmente, sino a la aristocracia de espíritu. Yo considero que omete una incalificable falta social aquel que ha tenido la uerte de nacer o de llegar alto y que trata con descorte-

sía, con desconsideración, a los que están abajo. No sólo de pan vive el hombre. Nadie que no haya pasado por ello sabe de lo humillante que puede resultar, en un momento dado, el que no le tiendan a uno la mano...

—¿Habla usted por experiencia?

Es la segunda vez en la noche que Prynce-Valmore hace la misma pregunta.

—Hablo por experiencia —contesta Cris seriamente—. Por eso sé apreciar la bandeja de plata.

Han llegado. Fletcher ha salido a recibirles.

—¿Quiere el señor tomar algo? Le he servido una cena fría en el despacho.

—¿Tomamos algo, miss Guzmán?

De toda la servidumbre, Fletcher, que lleva treinta años al servicio de los Prynce-Valmore, es el único que conoce la verdadera identidad de Cris. Pero el viejo mayordomo trata a la maestra con el mismo reverencioso respeto como si fuese realmente la esposa de mister Joe. Y es que Fletcher siente una instintiva simpatía hacia la muchacha "que es tan buena con su niño".

—Tome un poco de pollo frío, miss —la anima—; y algo de Oporto no le sentará mal.

Cris sonríe.

—¡Vaya por el pollo!

En el despacho —la noche es fresca a pesar de ser de mayo— arde alegre la chimenea, y Cris se deja caer en el sofá, ante la lumbre.

—Se está bien aquí.

—¿Mejor que en el *cabaret*? —Gary Prynce se ha sentado junto a ella, y sus ojos claros la interrogan, risueños.

"Es joven... y es guapo —se dice Cris—. Mucho más guapo y atractivo que el famoso Bert Silvain. Y tiene una facha que ya quisieran Atalanta y compañía."

La música, el baile, los piropos, todo ello ha embriaga-

do un poco a Cristina Guzmán, que sigue viviendo su cuento de hadas, su bella película. Y que, sin saber por qué, se siente feliz, locamente feliz.

—Mucho mejor que en ningún lado...

Fletcher, después de acercarle una mesita cubierta de viandas y de servirles champaña, se ha retirado.

Y Gary Prynce reanuda la conversación interrumpida: —Christine, usted, en el coche, quiso, al parecer, darme una lección. Me dijo que había que tratar con cordialidad a los humildes que acuden a nosotros. Yo, en ese sentido, creo cumplir. Pero eso no tiene nada que ver con nuestras primeras entrevistas. Porque, dígame, miss Guzmán: ¿cree usted acaso que alguna vez en su vida ha tenido usted aspecto humilde o modesto?

Esta vez es Cris la que le mira con asombro.

—Voy a serle completamente franco. Yo estaba al principio muy prevenido en contra suya. Primero, su parecido con mi nuera. Después...

—¿Después?

—Su aplomo..., su empaque..., su aire altivo..., rebelde..., insolente... Perdón, pero estamos hablando sin careta. Y la facilidad con que aceptó mi ofrecimiento..., y eso mismo de no tener usted ni familia... ni amigos... Y también su elegancia, su educación, su cultura. Yo le devuelvo su cumplido, Christine: al principio la tomé... por lo contrario de una *parvenue*,⁵⁵ por una *declassée*.⁵⁶ Hoy, algo me dice que, a pesar de todas las vicisitudes que haya usted podido sufrir, ha sabido seguir siendo una señora.

—Gracias, mister Prynce.

55. *Parvenue*: advenedizo, nuevo rico.

56. *Declassée*: desclasada, que ha descendido en su esfera social, venido a menos.

—Usted no necesita que la presenten en bandeja de plata: usted misma se presenta en ella.

Cris sonríe.

—¡Ay, mister Prynce! Me temo que se esté usted apasionando en sus propias redes. Usted, porque así le conviene, me ha introducido en su ambiente social, me hace pasar por un miembro de su familia, me ha disfrazado de muchacha de su mundo, y hoy ya no sabe distinguir ficción de realidad. Pero recuerde, ¡recuerde!, a aquella maestra de nuestra primera entrevista, que llevaba unos guantes viejos, un bolso ridículo, un abrigo raído y que como no tenía una capa de armiño, que la realzase ante los ojos de la gente, se envolvía en su aire de altivez y de rebeldía..., que en el fondo, quizá, era sólo dignidad dolida.

Hay un largo silencio entre ellos, que al cabo vuelve a romper la voz de Cris:

—Para algunas mujeres, la vida es muy sencilla y muy fácil. Como si fuera un río pacífico, la miran fluir desde lo alto de una torre de marfil. Para otras es un mar borrascoso y lleno de escollos —Cris ríe—. Ya ve usted: yo soy de las que desafían a los elementos desde una cáscara de nuez...

Gary Prynce la mira absorto.

—Nunca he conocido a una mujer como usted.

Cris sigue riendo.

—¿Y ha conocido usted a muchas mujeres, mister Prynce?

Se ha puesto en pie, y su silueta frágil y blanca, bañada por los rojos resplandores de la lumbre, tiene algo de extrañamente fascinador.

Gary Prynce se ha levantado también. Estira su alta figura ante el fuego. Sus ojos buscan los ojos grises con chispitas doradas.

-¿Y ahora?

Cris ríe.

acero...

los suyos.

y cálida.

muy cerca de las suyas..., tan cerca..., tan cerca...

rayitas se surcan junto a su boca, que tiembla.

te—. Muy mal.

aparecer.

—Tiene razón —murmura.

XXI

eillas. Las ravitas junto a su boca a

altiva.... insolente...”

que hay detrás... Sonrisa blanca... Coraza blanca...

3

Las llamas danzan en la chimenea.

Estado concedido de luchos No enués en unido

Las llamas danzan en la chimenea.

Y
C
P
·
?
-
Y
Y
??
C
Y

¿Joe? ¡Pero si Joe es un niño! Un niño enfermo. ¿Ira ella a tomar cariño al amor de un niño enfermo? ¿Qué quiere en ella a la estampa de otra? No, no es eso. Es que está tan sola. Y tiene que defenderse tanto. Contra todos, menos contra su marido, que se conforma con mirarla con su mirada hambrienta y azul. Los ojos de Joe, claros..., claros... como los de su padre...

Las llamas mueren en la chimenea.

El reloj Luis XV, con tintineo de plata, anuncia las cuatro.

Cris se estremece. Abre los ojos. En la sombra, la lechuza la contempla con mirada reprobadora.

¡No sueñes, Cris, y vete a la cama!

[illegible]



XXII

Cris lleva ya mucho tiempo en el cuarto de “su marido”, cuando, a la mañana siguiente, Prynce-Valmore entra a ver a Joe. La cabeza inclinada sobre una revista, contesta ella brevemente a su saludo. Joe, en cambio, recibe a su padre de muy buen humor.

—Ya me ha contado Fifi lo bien que lo habéis pasado anoche.

Gary Prynce se siente enrojecer.

—Sí... —murmura.

—Me ha dicho que os encontrásteis con Bert Silvain. Me alegro horrores. A mí, Bert me divierte mucho. Quiero que venga a verme. Ya le he recomendado a Fifi que le llame hoy mismo.

—¿No te cansará empezar a recibir gente?

—No, al contrario. Estoy harto de soledad. Me siento mucho mejor, y quiero rodearme de alegría. Quiero dивertirme. ¿Sabes lo que estoy planeando? Dar un *cocktail* en honor de Fifi. ¿Qué te parece?

—Que no estás todavía para esos trotes. Más adelante ya veremos.

—No papá. Más adelante quizá me haya muerto. Las

cosas hay que hacerlas cuando se está a tiempo. Por eso quiero que venga Bert. El lo organizará todo. No pongas esa cara. Piensa en que no tengo muchos caprichos, ¡y que por una vez que algo me hace ilusión...!

— Haz como quieras.

— ¿Qué te parece a ti la idea, Fiff?

— ¿A mí? No sé. Creo también que deberías esperar.

— No espero nada — la voz de Joe es dura —. ¡Siempre has de llevarme la contraria! Por lo visto, te parece muy bien el iros todos de juerga, dejándome a mí solo, pero un crimen el que yo a mi vez quisiera distraerme.

— Ya te ha dicho tu padre que hagas lo que quieras. Ahora mismo diré a Fletcher que llame a Bert Silvain. ¿Sabes dónde vive?

— En el Meurice.⁵⁷

— Bien, voy a decírselo.

— Eres insoportable con Fiff — dice Prynce-Valmore a su hijo en cuanto Cris ha marchado —. No sé como te aguantas.

Joe le mira sorprendido.

— ¿Ahora vas a ser tú el que me la defiende a mí?

— Sí, ahora voy a ser yo. Cada vez que salgo de tu cuarto, me asombro de la paciencia de esa muchacha.

Gary Prynce habla en tono áspero, y Joe no sale de su sorpresa.

— ¿A quién han cambiado, papá: a ti o a ella?

— Puede que a los dos — contesta sordamente el rey del acero.

Aquella noche, cuando Cris se dirige a sus habitaciones, se encuentra con Fletcher en la galería, que respetuosamente le participa que mister Prynce la aguarda en la biblioteca.

57. El Meurice: elegante hotel de París.

Con el corazón anhelante baja Cris.

— ¿Qué me querrá ahora?

Prynce-Valmore la espera paseándose de arriba abajo a grandes zancadas. Al verla entrar, se detiene, y en una sola rápida mirada abarca la esbelta figura vestida de gris. Qué pálida está. Qué frágil parece. Qué joven.

Gary Prynce tiene que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no volverla a coger en sus brazos. Con un gesto únicamente de ternura y protección.

El rey del acero va derecho a ella y con un arranque impulsivo le coge las dos manos.

— Miss Guzmán — dice con tono cariñoso —, quiero pedirle a usted perdón y darle mi palabra de honor que lo de anoche no volverá a repetirse.

— Gracias, mister Prynce — dice Cris, y su voz suena un poco cansada —. No hablemos más del asunto. Yo también tengo la culpa de lo sucedido. ¿Ve usted? No pueden sacarse las cosas de quicio. Yo soy la enfermera de su hijo, y ése debe ser únicamente mi papel. Todo lo demás son complicaciones que a nada conducen. Es una lástima que yo tenga. aun ante él mismo, que pasar por quien no soy. Dígame, mister Prynce: ¿no ha vuelto usted a saber nada de su nuera?

— No — contesta Prynce-Valmore, algo alarmado —.

¿Por qué me lo pregunta?

— Porque ella es, en realidad, la llamada a estar junto a su marido.

— ¿Ella? — repite, indignado, Prynce-Valmore —. ¡Se nota que no la conoce usted! ¿Cómo se le ha ocurrido eso de repente? ¿Es que quiere usted marcharse?

— No.

Pero la expresión de Cris no es muy convincente.

— Si usted se fuese por culpa mía, ¡ofágame bien, miss Guzmán!, yo no me lo perdonaría nunca. Mi hijo, gracias

a sus admirables cuidados, ha mejorado muchísimo. Si usted se marchase, ¡no quiero ni pensarlo!, sería su condena de muerte.

El rostro de Gary Prynce refleja tal preocupación, que Cris se siente ceder.

—Mientras Joe me necesite —dice con voz que anima—, puede usted tener la seguridad de que yo no me iré de su lado. Pero, naturalmente, mi situación aquí no es definitiva. Algún día tendrá que saber Joe..., y por eso sería mejor si pudiésemos dar con su mujer. Quizá haya cambiado... en fin, a lo mejor, si todos ponemos de nuestra parte, podríamos convertirla, a su vez, en mi suceso... —Cris sonríe—. La vida tiene a su vez cosas de media.

Pero Prynce-Valmore no comparte su optimismo.

—Usted no sabe de lo que está hablando. Usted juzga a las demás mujeres por sí misma. Fifi Monterreal es... ¡lo último que un padre quisiera para su hijo! Y, entiéndalo bien, no es que yo crea de ella lo que la gente dice, no; pero esa muchacha es sencillamente una criatura de un egoísmo feroz, de una inconsciencia fantástica. Que no piensa más que en ella: en sus trapos, en sus diversiones, en sus conveniencias, pendiente sólo de su figura, de su cutis, de sus cejas... Inútil, ignorante, mal educada, ególatra. Para quien las cosas de la vida se dividen en dos clases: las que le divierten y las que le aburren. Las que toma y las que deja. Mi hijo y su enfermedad están entre estas últimas.

Cris escucha atenta.

—¿Qué solución ve usted, entonces, a este problema? —pregunta, como Gladys.

—Por ahora, ninguna. Me paso las noches dándole vueltas en la cabeza. Pero, por más que busco, no encuentro.

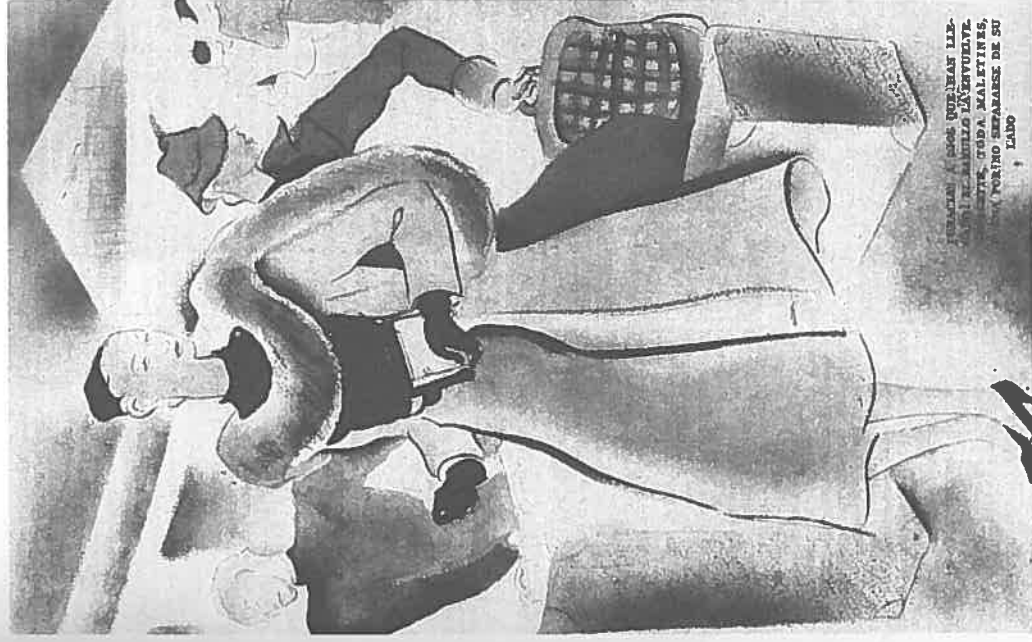


ILUSTRACIÓN: JOSE QUEJAN DE
LA FAMILIA LAFRANCA
EN LA MALA LUNA
POR UNO SEPARAR DE SU
LADO

Un silencio.

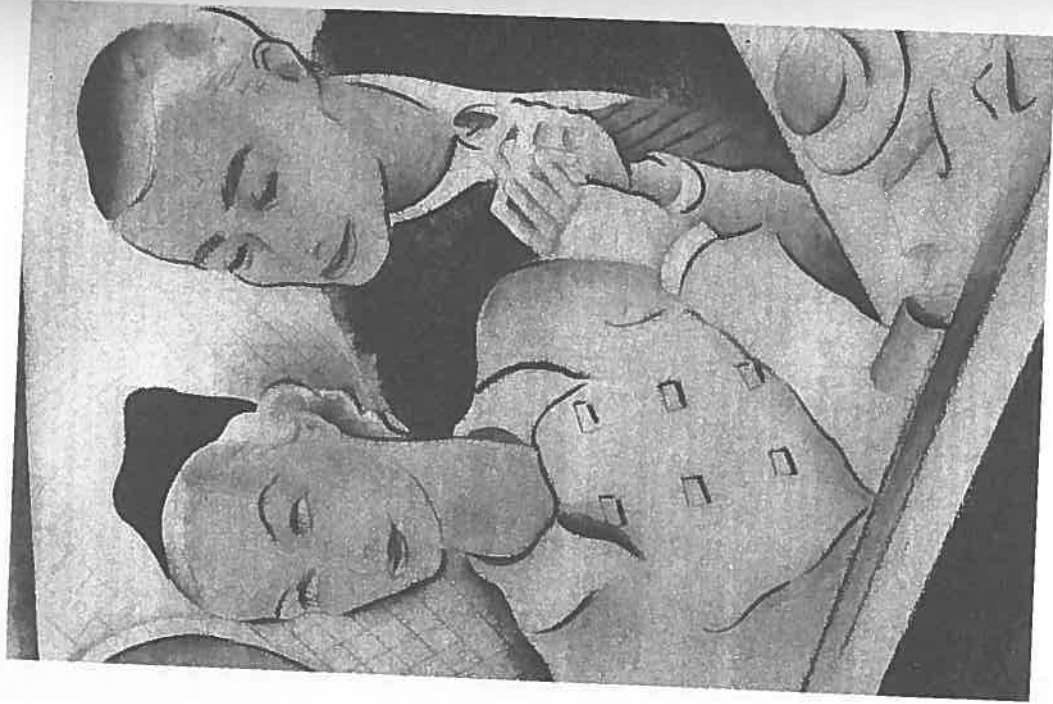
—Miss Guzmán, dejemos las cosas como están. Después, ¡Dios dirá! Sé por experiencia que muchas veces los más intrincados problemas se resuelven por sí solos con sencillez sorprendente. Dejemos nuestro caso en manos del Destino.

¿No ha apoyado Prynce-Valmore más de lo necesario en las palabras “nuestro caso”? ¿O ha sido sólo figuración de Cris?

—Lo que quería pedirle es que consienta en seguir presentando ante los ojos del público el papel de mi nuera, siquiera durante la dichosa fiesta. Salvo Bert, nadie de los que vienen conocen personalmente a Fifi... —el rey del acero sonríe levemente—. En caso de que Gladys se le ocurra invitar a su amigo español, puede usted explicarle, mano a mano, y encomendándole el secreto, nuestro embrollo familiar.

Cris mira a Gary Prynce en silencio. Y él, bajo sus ojos grises, observa las ojeras moradas. Junto a sus labios serios, dos surcos finísimos.

—Eso es asunto mío —contesta ella con frialdad.



Desfila el paisaje —verde, risueño— a toda velocidad.



XXIII

El *cocktail* está en pleno apogeo. Joe, instalado entre cojines, preside la fiesta con animación un tanto febril. En torno suyo, enardecidos por los brebajes que tras un flamante bar americano prepara el *barman* de "Whité's", gira, salta y trepida lo más selecto de la juventud norteamericana que posee la colonia de París. Para organizar esta clase de fiestas, Bert Silvain no tiene rival. La orquesta negra es la del "Veau d'Or". Las flores han sido traídas de Niza en avión. Y la cena será servida por Cas-telmayer. Todo selecto, refinado: caviar y orquídeas, y mucho, mucho alcohol.

En el ambiente cargado mezclan sus efluvios los perfumes caros con los del tabaco egipcio y los aromas que despiden las rosas y los jazmines de la Costa Azul.

Gladys es, indiscutiblemente, la reina de la fiesta. Ríe, charla y baila con bríos de adolescente.

Cris, en cambio, sentada en un diván entre Bert Silvain y Jorge Atalanta, contempla un poco admirada toda esta animación, que le parece demasiado ruidosa para ser natural. Esas lindas muñecas, maravillosamente vestidas, esos muchachos atléticos, parecen poseídos por un demo-

nio que les obliga a hacer las cosas más extrañas. Aquí extrae un joven unos sonidos musicales de su nariz, y su auditorio, entusiasmado, asegura que “sueña a violín”. Allí se ha adueñado una chiquilla esbelta de un chal con flecos e imita con gracia de allende el charco los bailes de la Argentina.⁵⁸ Otra, no queriendo ser menos, sale “al ruedo” a hacer de Josefina Baker.⁵⁹ El *jazz*, entusiasmado, lanza sus notas más estridentes. Sobre las losas del *hall* repican los taconazos y el ambiente se hace cada vez más irrespirable.

Cris se acuerda de Joe. Rápida, se levanta. El muchacho, recostado entre dos bellas *girls*,⁶⁰ sigue con todo el cuerpo el movimiento de las danzas. Sus pómulos arden y unas gotas de sudor perlan en su frente.

—Joe, hace aquí un calor asfixiante. Yo creo que todo esto va a hacerte daño. ¿Quieres que nos subamos tú y yo y demos la fiesta por terminada?

El enfermo mira a Cris con mirada hostil.

—¿Es que tienes empeño en hacerme pasar ante mis amigos por un inválido?

Las dos compañeras de Joe le ríen la frase como si fuese una gracia.

58. *La Argentina*: Antonia Mercé (1870-1936) famosa bailarina, nacida en Buenos Aires, de padres españoles. Supo interpretar como nadie los bailes populares españoles a los que llevó por todo el mundo. Fue la intérprete genial de Falla en “El amor brujo”, y abrigó la pretensión de crear unos bailes españoles, como Diaghilev había creado los bailes rusos, pero aunque llegó a formarse la compañía (1928), se malogró la empresa por falta de medios.

59. Josefina Baker: Célebre bailarina mulata norteamericana, nació en 1906. Se hizo popular por su mímica expresiva y como intérprete de bailes excéntricos y tropicales, presentados con suntuosidad y con numerosos y disciplinados comparsas. Obtuvo sus mayores éxitos en el Folies-Bergères de París.

60. *Girls* (inglés): chicas.

—¡Pobre nene! —dice una—. Mamá te quiere llevar a camita.

Joe enrojece de rabia.

Cris, en cambio, no se inmuta.

—Voy a hacer abrir las ventanas que dan al jardín. Y entonces estarás en plena corriente. Anda, ven. Descansas un rato y volvemos a bajar.

—¡Déjame en paz! —contesta Joe, furioso—. No me da la gana de moverme de aquí. ¿Habéis visto qué mujer más pesada tengo?

Las chicas ríen de nuevo.

Cris, sin contestar, se vuelve. Y se encuentra cara a cara con Prynce-Valmore. El rostro del rey del acero parece esculpido en piedra. Silencioso se acerca a la muchacha y, cogiendo una de sus manos, la pasa debajo de su brazo. El corazón de Cris late a grandes golpes. Las *girls* han enmudecido y se han incorporado un poco.

—Joe —dice Prynce-Valmore con voz seria—, tu mujer, como siempre, tiene razón.

Gladys se ha acercado al grupo. Tiene aspecto de haber bebido demasiados *cocktails*. Jorge Atalanta, a su lado, parece un tanto molesto.

—Mire, marqués, ¡qué bonita pareja! —la mano de Gladys apunta a su primo—. A Gary, a estas alturas, le ha dado por presumir de nuera.

Prynce-Valmore no se digna ni mirarla. Gladys, el día antes de la fiesta, había entrado en el despacho del millonario con la pretensión de que éste recluyera a “la tal miss Guzmán” en sus habitaciones durante el *cocktail*.

—Supongo que no pensarás seguir esta farsa —le había dicho—, y que no te imaginarás que yo voy a presentar a tu aventurerilla a mis amigas como la mujer de Joe.

—No tienes buena memoria —le había contestado el rey del acero—, porque si no, recordarias lo que ya te he

dicho en cierta ocasión: En mi casa mando yo. Y a quien no le gusten mis órdenes, ¡con no pisarla...!

Gladys, al instante, había vuelto a rendirse.

—Pero ¿hasta cuándo vas a seguir esa broma? ¿No comprendes que lo de mañana, si trasciende, puede ser un escándalo social?

Gary Prynce se había encogido de hombros.

—Las circunstancias mandan. Y las cosas se enredan sin que sepa uno cómo. Joe se ha empeñado en dar esta fiesta. ¿Qué quieres que yo le haga?

—Habla con él de una vez. Explicáale lo sucedido. Yo creo que ya está casi curado.

—¡Ojalá! Pero aún ayer me ha dicho Rouvier que al menor choque, a la menor contrariedad, pueden volver a repetirse los ataques. Y eso hay que evitarlo a toda costa. Prynce-Valmore siente contra su hijo una creciente indignación. ¡Para qué sirve tanta preocupación, si él ha de estropearlo todo con actos como el de hoy! Esta fiesta, esta atmósfera, esta trepidación, ¡esta locura!, estando como está gravemente enfermo, recuerdan al padre de nuevo aquella otra irremediable locura que echó a rodar veinte años de desvelos y sacrificios.

Con un gesto llama a Fletcher.

—Que vengan dos criados y que transporten este sofá a aquel rincón. Después van a abrir ustedes estas puertas de par en par para que entre aire. Buenas noches, marqués de Atalanta. ¿Por qué no hace usted bailar un poco a esta bella dama?

—Con mucho gusto.

—¿Sabrán estos negros tocar un vals? —pregunta Cris.

—Naturalmente.

—Bueno, pues dígaes que lo toquen. Yo ya no resisto más *jazz-band*.

Prynce-Valmore se ha sentado junto a su hijo. Pensati-

¿Por qué se llama así?

vo, contempla el girar de las parejas a los acordes del “Danubio Azul”. Y sus ojos siguen con insistencia la figura de la muchacha, a quien cree querer Joe. Le duele el que éste tenga que contentarse con verla bailar con otro. ¿Para qué sirve el dinero? ¿Para qué? ¿Puede dar fuerza y vitalidad al hijo del rey del acero? Gary Prynce aprieta los puños! ¡Haber luchado tanto y haber sacrificado tanto para llegar a este final!

El jazz ha atacado de nuevo un *blue*,⁶¹ y el millonario ve saltar y desarticularse en torno a suyo a toda esa trepidante juventud. Y el espectáculo se le hace insopor-

table.

Arriba, en su cama o en su sillón, aislado de todos, sin comparaciones posibles, Joe le parecía un chiquillo enfermo, enclenque, debilitado, pero que podría fortalecerse con el tiempo y con régimen. Pero ahora, ante la visión de lo que eran en realidad seres jóvenes y normales, un gran descorazonamiento se apoderaba de él.

—¿Subimos, Joe?

En su palma enérgica había tomado la mano húmeda y flaca de su hijo.

—Espera un poquito, papá... ¿Dónde está Fifi?

Cris, frente a ellos, charla en un sofá con el polista español.

“Le estará explicando nuestro caso”, se dice Prynce-Valmore.

El padre busca la mirada del enfermo. Pero Joe no se interesa ya por su mujer, sino por las evoluciones de los bailarines.

—¡Mira a Bob y a aquella pelirroja! —ríe de pronto—. Parecen dos locos.

Cristina pasa bailando con Bert Silvain.

61. *Blue*: baile de la época.